

sofía, que es efectivamente una hazaña humana, pero que sólo puede ser realizada cuando hay en el hombre, sin haber perdido la virginidad de su alma, una gran madurez.—JOSÉ FERRATER MORA.



ECUADOR EN EL HOMBRE, por G. Humberto Mata, Biblioteca Cenit. Cuenca, Ecuador

Siete partes constituyen el presente libro. Y son ellas: «Severa advertencia», «Opiniones sobre Sanaguín», novela. Una página que contiene consignas de política internacional americana. «Aquí...», trozo en que se explica y dedica el volumen. Las poesías, que son casi treinta. Una nómina de personas, entre quienes se distribuye la responsabilidad de fábrica. Y un «Índice de obras», editadas e inéditas. Todo lo cual hace una suma de ochenta y cuatro páginas, cuyos espacios, nadie podría negarlo, están aprovechados a lo óptimo.

Parecerá extraño este comenzar por el esqueleto de «Ecuador en el hombre». Empero, no lo parecería, si preconvenimos en que ello hará más fácil el conocimiento y la comprensión no sólo de la labor sino de la personalidad de G. Humberto Mata.

La «Severa advertencia» da la imagen exacta de un rebelde, de un individualista, de un anarquista. El autor no teme a las expresiones, no importa lo crudas que ellas sean, ni amarrada con cabecilla o partido algunos. Las opiniones ajenas sobre «Sanaguín», que no hemos leído ni visto, dicen de un novelista «en cuyo espíritu se han unido las mejores cualidades del hombre y del artista», de un novelista que sabe «ordenar y poner las cosas en su puesto». Hasta aquí, los atributos espiados orientarían en un sentido de progreso, tendiente a producir un juicio de condición positiva y elevada. Sin embargo, creemos advertir carencia de orden y de equilibrio, acerca de

los elementos que maneja, cuando el autor nos dice: «Hermanos somos en Pan,—hermanos en el Maíz...—seamos hermanos en Vida,—seamos hermanos en Dios...»—según reza una de sus consignas.

Pan, la bella deidad rural de los griegos. Maíz. Vida. Dios. Y todo con mayúscula. Pero, luego de «Pan»: símbolo del universo, que hace el «Maíz» de los trópicos? En seguida, los conceptos de «Vida», lo total, las partes y el todo, y, el de «Dios», término que cerca un mundo tan distinto cuanto contrario de aquel reunido en la denominación helénica.

Violenta y áspera, la pasión de lo transitorio no permite al poeta la serenidad necesaria e indispensable para el establecimiento de la claridad, de la disciplina, de las jerarquías en las ideas. Sus propias composiciones líricas darían la buena razón a este aserto, ya que, conforme a ellas, el furibundo iconoclasta de la «Severa advertencia» surge, ante el lector más o menos vigilante, a la luz de harto determinadas y elocuentes banderas ideológicas o de partido. ¿No es una confirmación de lo ya dicho, acaso, la verdad de contener «Ecuador en el hombre», fuera del poema que le da título, no más de tres o, digamos, media docena de trabajos que, mal que mal, pudiéramos referir al país aludido? Y lo demás se inclina, completamente, contra aquéllo y a favor de ésto...

El temperamento indócil del poeta cae doblegado por el traicionero hachazo de la política. Perdido él en ese territorio de lugares comunes y halagüeños, le hemos arrancado apenas tres tallos de una posible, auténtica y contenida, flor poética.

«Patria es sentir que existe detrás de sí un hermano», página 7. «El sol sale en las sienas de los trabajadores», página 9. «Cebada y trigo ofrecen regazos a los páramos;—los hilos de agua alambran telégrafos serranos», página 40.

Lo de dar los nombres de cuantos realizaron el impreso, no quita ni agrega. Es algo a que estamos en demasía acostumbrados en estas latitudes.

El «Índice de obras»—que debió ser del texto y que da seis cosas editadas y veintiuna inéditas—nos parece sencillamente respetable, tanto por la efervescente diversidad de facetas que acusa en el espíritu del autor como por lo patético del problema que entraña: la situación del escritor condenado a encajonar sus producciones, porque no puede darlas a la estampa.

Y antes de poner fin a esta glosa a propósito de «Ecuador en el hombre», título que no nos explicamos, pues no corresponde cabalmente a lo que señala, no sería honrado silenciar el descuido imperdonable, reiterado, reiteradísimo, que G. Humberto Mata da la impresión de cultivar, no sin cierta refinada voluptuosidad, respecto del lenguaje.

Por encarnezcan, empuercan, hoza, yermar, endurecedlo, Mata escribe *escarnien, emporcan, hozea, enyermar, enduraoslo*. Crea vocablos de pésimo gusto: Projimidad, subditiza, holocaustada, enternurada, carnificio, estrelludo, vialactear, mujeridades. Fuera de construcciones desagradables, como «rijo honestial», «naticia cuna», «camino que quedan en detrás», «cada pecho muscula granadas», «interina pena», «sal comunitaria».

Estos misteriosos fenómenos idiomáticos, citados al azar, aun podrían multiplicarse. Y la tendencia nefasta, que de su verificación se desprende, quien quiera que la inicie y continúe, merece una repulsa la más enérgica y decisiva.

El lenguaje lo crea la gran masa de los pueblos. Esta afirmación capital ciertamente ha de gustar a G. Humberto Mata. ¿Por qué, entonces, atentar así, con tanto desparpajo, contra un bien común y democrático? La comisión de un delito tal retrasa, perjudica la cultura y malea, antes de tiempo, los frutos que de ella se esperan.—ALDO TORRES PÚA.